NAVE HISTÓRICA

Fascículo 1

ANTES DE LA HUMANIDAD



Susana Barros Domínguez

PORTAL HUMANO EDITORIAL

Nave Histórica — Fascículo 1

Antes de la humanidad

por Susana Barros Domínguez

© 2026 Susana Barros Domínguez. Todos los derechos reservados. \ Portal Humano Editorial

Índice

1. Antes de la humanidad 1
    1.1. La nave 2
    1.2. El tiempo comienza a retroceder 4
    1.3. Primer descenso 9
    1.4. Los primeros grandes viajeros 11
    1.5. El dominio del fuego 15
    1.6. Un planeta con varias humanidades 20
    1.7. La gran expansión 23
    1.8. Cuando dejamos de caminar 27
    1.9. Las primeras aldeas 30

Antes de la humanidad

1. Antes de la humanidad



La Tierra comenzó a formarse hace aproximadamente **4.540 millones de años**.

Los primeros homínidos aparecieron hace alrededor de **7 millones de años**.

Nuestra especie, Homo sapiens, existe desde hace unos **300.000 años**.

La escritura, con la que comienza la historia registrada, empezó a desarrollarse hace aproximadamente **5.300 años**.

Mucho antes de que existieran ciudades, agricultura, escritura o civilizaciones, la Tierra ya era un planeta extraordinariamente dinámico. Los continentes se unían y volvían a separarse. Los océanos cambiaban de forma. Surgían cordilleras. El clima atravesaba transformaciones profundas. Innumerables especies aparecían, evolucionaban y desaparecían mucho antes de que existiera un solo ser humano.

La historia que solemos llamar «historia de la humanidad» ocupa apenas un instante dentro de esa inmensa historia del planeta.

En este primer viaje retrocederemos hasta los tiempos remotos en que la humanidad comenzó a existir en nuestro mundo.

La nave

Antes de iniciar el viaje, vamos a presentar a nuestra compañera de travesía.

Esta nave no fue construida para transportar personas de un lugar a otro.

Tampoco es una máquina del tiempo.

Su capacidad más extraordinaria es otra.

Puede cambiar la escala desde la que observamos la historia.

Cuando vuela muy cerca del suelo, nos permite acompañar a las personas en su vida cotidiana. Podemos ver cómo trabajan, cómo aprenden, cómo se organizan, qué temores tienen, qué descubren y qué imaginan.

Si asciende unos cientos de metros, el paisaje se vuelve más amplio. Aparecen los ríos, los bosques, las aldeas, los caminos y las relaciones que unen a unas comunidades con otras.

Y cuando alcanza su mayor altura, la mirada vuelve a cambiar.

Desde allí el tiempo se hace panorámico. Es posible descubrir procesos que ningún ser humano pudo observar durante el transcurso de una sola vida: migraciones, cambios culturales, transformaciones del paisaje, nacimientos y desapariciones de sociedades enteras.

Pero hay algo que nuestra nave nunca debe hacernos olvidar.

Todo el planeta está ocurriendo al mismo tiempo.

Cuando dirigimos nuestra mirada hacia un lugar, no significa que el resto del mundo haya dejado de existir.

Simplemente hemos elegido dónde poner el foco.

La nave puede iluminar una región y comenzar a descender.

A medida que se acerca, aparecen nuevas capas de la vida.

Primero distinguimos territorios.

Después, comunidades.

Ciudades.

Calles.

Casas.

Familias.

Personas.

Podemos acercarnos hasta observar un gesto.

Una mano que talla una piedra.

Alguien que siembra una semilla.

Una persona que escribe sobre una tablilla.

Pero, mientras observamos esa pequeña escena, el resto del mundo continúa.

Otras personas, en lugares muy lejanos, están viviendo sus propias historias.

Por eso, de vez en cuando, nuestra nave volverá a elevarse.

El foco se abrirá.

Y aquello que observábamos de cerca volverá a ocupar su lugar dentro de un mundo mucho más amplio.

La altura de la nave determina la escala de nuestra mirada.

El foco determina dónde miramos.

Pero nunca olvidamos que, fuera del foco, el mundo continúa.

Nuestra nave nos permite ver la historia de nuevas maneras.

Ese será el verdadero viaje.

A lo largo de esta colección cambiaremos continuamente de altura, de escala y de perspectiva. A veces nos detendremos ante un gesto casi imperceptible. Otras veces necesitaremos alejarnos para comprender el mundo del que ese gesto forma parte.

Te invitamos a ocupar un lugar junto a nosotros en el puente de comando.

Ajustemos el rumbo.

La navegación está por comenzar.



El tiempo comienza a retroceder

La nave permanece inmóvil.

No hay motores rugiendo ni una cuenta regresiva.

Apenas una leve vibración nos anuncia que el viaje ha comenzado.

Poco a poco empezamos a elevarnos.

Al principio casi nada cambia. Todavía distinguimos montañas, ríos, bosques, desiertos y mares. Todo parece inmenso.

Seguimos ascendiendo.

Los detalles comienzan a desaparecer. El paisaje deja de ser un conjunto de lugares para convertirse en una totalidad.

La nave continúa elevándose.

Llega un momento en que ya no distinguimos ciudades ni caminos.

Tampoco fronteras.

Solo vemos la Tierra.

Un planeta extraordinario suspendido en la oscuridad del espacio.

Permanecemos unos instantes en silencio.

Ese planeta es nuestro hogar.

Tiene aproximadamente cuatro mil quinientos millones de años.

La historia que solemos llamar «historia de la humanidad» ocupa apenas un instante de ese inmenso tiempo.

Ahora no solo vamos a cambiar nuestra posición en el espacio.

También vamos a cambiar nuestra posición en el tiempo.

Comenzamos a retroceder.

No unos siglos.

No unos miles de años.

Ni siquiera millones.

Retrocedemos hasta los primeros capítulos de la historia de la Tierra.

El planeta todavía es muy distinto del que conocemos. Su superficie cambia sin descanso. Enormes fuerzas modelan lentamente la corteza terrestre. Los volcanes transforman el paisaje. Los océanos aparecen y desaparecen. Los continentes se unen y vuelven a separarse.

Nada permanece inmóvil.

El tiempo avanza con una lentitud que escapa por completo a la experiencia humana.

Durante miles de millones de años, la vida se diversifica de maneras extraordinarias. Algunas formas perduran. Otras desaparecen. Cada transformación

abre el camino para la siguiente. Ninguna conoce el destino hacia el que avanza.

Desde esta altura comprendemos que la evolución no persigue un objetivo previamente establecido.

No trabaja siguiendo un plan.

Es una larga historia de cambios, adaptaciones y contingencias.

Muchísimo tiempo después aparecen los primeros mamíferos.

La evolución continúa su camino durante decenas de millones de años. Nuevas especies aparecen mientras otras desaparecen. Cada una ocupa, durante un tiempo, un lugar en esta inmensa historia de transformaciones.

Más tarde, algunos primates comienzan a desarrollar capacidades que cambiarán lentamente su relación con el mundo.

Todavía falta mucho para que exista un ser humano.

La nave continúa observando.

El tiempo vuelve a acelerarse.

Los millones de años empiezan a transcurrir con mayor rapidez.

Hace aproximadamente siete millones de años, en África, algunas poblaciones de primates comienzan a recorrer un camino evolutivo distinto del seguido por otros grandes simios.

Nadie podría advertirlo.

No existe un primer día de la humanidad.

No hay un instante preciso en el que podamos decir: «Aquí comienza nuestra historia».

La naturaleza no conoce esas fronteras.

Somos nosotros quienes las trazamos para comprender mejor un proceso que, en realidad, fue continuo.

Solo pequeñas diferencias que se acumulan generación tras generación.

La evolución no suele avanzar mediante saltos visibles para quienes los viven.

Trabaja mediante innumerables variaciones, la mayoría imperceptibles para quienes las viven.

La nave inicia ahora un lento descenso.

Ya no observamos únicamente el planeta.

Comenzamos a distinguir sus paisajes.

Grandes sabanas.

Bosques.

Ríos.

Montañas.

La velocidad disminuye.

Nuestra compañera de viaje permanece inmóvil durante unos instantes.

Debajo de nosotros, pequeños grupos de homínidos recorren lentamente la sabana africana.



No sabemos quiénes son.

Ellos tampoco saben que forman parte de una historia que millones de años después intentaremos reconstruir.

Para ellos no existe la prehistoria.

No existen los fósiles.

No existe la evolución.

Solo existe el presente.

Buscar alimento.

Proteger a las crías.

Reconocer los peligros.

Aprender observando a los demás.

La nave continúa descendiendo.

Ahora podemos ver con mayor claridad.

En estos paisajes vivirán distintas especies de homínidos durante millones de años.

Algunas caminarán erguidas.

Otras fabricarán herramientas sencillas de piedra.

Varias desaparecerán sin dejar descendientes.

Otras coexistirán durante largos períodos.

La historia humana es mucho más diversa de lo que durante mucho tiempo imaginamos.

Nuestra propia especie no fue la única.

Ni la primera.

Ni, durante mucho tiempo, la única que habitó la Tierra.

La nave vuelve a detenerse.

Permanecemos en silencio.

Desde esta altura comprendemos algo que desde el presente resulta difícil imaginar.

Cada herramienta tallada.

Cada aprendizaje compartido.

Cada alimento conseguido en cooperación.

Cada gesto de cuidado.

Cada descubrimiento transmitido de una generación a otra.

Son pequeñas acciones.

Casi invisibles.

Sin embargo, en ellas comienza a construirse una forma completamente nueva de habitar el mundo.

Son los cimientos invisibles de todo lo que veremos a continuación.

Nuestro viaje acaba de comenzar.

Primer descenso

África, hace aproximadamente siete millones de años

La nave continúa descendiendo.

Todavía permanece lo suficientemente alta como para abarcar un paisaje inmenso.

No vemos individuos.

Vemos territorios.

Grandes extensiones de sabana se alternan con bosques abiertos. Los ríos cambian lentamente su curso. Las estaciones modifican el color del paisaje. Las lluvias y las sequías obligan a todos los seres vivos a adaptarse una y otra vez.

Nada permanece igual durante mucho tiempo.

En este escenario comienza una historia que cambiará para siempre la vida sobre el planeta.

No sucede de un día para otro.

Ni siquiera de una generación a la siguiente.

Ocurre tan lentamente que ninguno de sus protagonistas puede advertirlo.

Algunas poblaciones de primates empiezan a pasar cada vez más tiempo en el suelo. Sus cuerpos cambian muy lentamente. Caminan erguidos con mayor

frecuencia. Sus manos quedan libres para transportar alimentos, cargar a las crías o manipular objetos.

No son seres humanos.

Todavía falta muchísimo para eso.

Pero ya forman parte de la larga historia de nuestra familia evolutiva.

Durante millones de años aparecerán distintas especies de homínidos.

Algunas vivirán durante períodos muy prolongados y luego desaparecerán.

Otras coexistirán entre sí.

Cada nuevo descubrimiento científico modifica un poco este árbol familiar. Nuevos fósiles, nuevas técnicas de datación y, más recientemente, el análisis del ADN antiguo siguen completando un rompecabezas que todavía está lejos de estar terminado.

La historia de nuestros orígenes continúa escribiéndose.

La nave reduce nuevamente la velocidad.

Esta vez desciende un poco más.

Ahora ya no observamos solamente el paisaje.

Podemos detenernos en una escena.

Un pequeño grupo avanza lentamente por la sabana.

No tienen un destino lejano.

Buscan agua.

Buscan alimento.

Las crías permanecen cerca de los adultos.

Los más experimentados reconocen senderos, árboles y refugios que los más jóvenes todavía no saben identificar.

Nadie da una clase.

Nadie escribe un manual.

El aprendizaje ocurre observando.

Imitando.

Probando.

Corrigiendo.

Una generación transmite a la siguiente aquello que ha descubierto.

Ese mecanismo, tan sencillo en apariencia, será una de las mayores fuerzas de transformación de toda la historia humana.

La experiencia deja de comenzar desde cero.

Empieza a acumularse.

La nave permanece inmóvil.

Durante unos instantes no ocurre nada extraordinario.

Y precisamente por eso no apartamos la mirada.

La historia no está hecha solamente de grandes acontecimientos.

También está hecha de días aparentemente iguales.

De pequeños gestos repetidos miles de veces.

De conocimientos que pasan de unas manos a otras.

De soluciones que alguien encuentra y otros conservan.

Muchísimo antes de las ciudades…

Muchísimo antes de la escritura…

Muchísimo antes de los reyes y de los imperios…

La humanidad comenzó a construir su mayor patrimonio.

La capacidad de aprender juntos y transmitir lo aprendido.

Ese será el hilo invisible que nos acompañará durante todo este viaje.

Los primeros grandes viajeros

La nave vuelve a elevarse.

Desde esta altura dejamos de seguir a un solo grupo.

Ahora observamos un proceso que se desarrolla durante cientos de miles de años.

El tiempo vuelve a hacerse panorámico.

Hace aproximadamente dos millones de años aparece una nueva especie humana.

Hoy la conocemos con el nombre de *Homo erectus*.

No es la única especie humana que existe en ese momento. La historia de nuestra evolución nunca fue una sucesión ordenada en la que una especie desaparecía para dejar lugar a la siguiente. Distintos linajes humanos coexistieron durante largos períodos.

Pero *Homo erectus* protagonizará una transformación extraordinaria.

Su cuerpo es diferente al de sus antepasados…

Camina completamente erguido.

Sus piernas son más largas.

Puede recorrer grandes distancias con un gasto de energía mucho menor que el de otros homínidos.

Sus manos continúan perfeccionando el uso de las herramientas.

Su cerebro también ha aumentado de tamaño.

Pero lo más extraordinario no puede verse en su anatomía.

Puede verse en su comportamiento.

La nave comienza a desplazarse lentamente.

Debajo de nosotros observamos pequeños grupos que caminan.

No parten hacia un lugar desconocido.

No intentan conquistar nuevos territorios.

Simplemente viven.

Buscan agua.

Siguen a los animales.

Exploran nuevos paisajes cuando el alimento escasea.

Cada desplazamiento parece insignificante.

Una jornada.

Algunos kilómetros.

Después otro recorrido.

Y otro más.

Así transcurren generaciones enteras.



La nave continúa ascendiendo.

Solo desde esta altura comprendemos lo que está ocurriendo.

Aquellos pequeños desplazamientos, repetidos durante miles de generaciones, terminan convirtiéndose en una de las mayores aventuras de toda la historia humana.

Homo erectus fue la primera especie humana conocida que se expandió ampliamente fuera de África.

No sabemos cuántas veces ocurrió.

Probablemente no fue una única migración.

Ni un único grupo.

La evidencia científica indica que distintas poblaciones fueron expandiéndose lentamente a lo largo de períodos muy prolongados.

Algunas alcanzaron el Cercano Oriente.

Otras continuaron hacia Asia.

Con el paso de cientos de miles de años, la presencia de **Homo erectus** se extendió por una enorme parte del planeta.

La nave permanece inmóvil.

Miramos el mapa.

África ya no es el único hogar de la humanidad.

Por primera vez, distintos grupos humanos viven en regiones muy alejadas entre sí.

Cada paisaje plantea desafíos diferentes.

Cambian los animales.

Cambian las plantas.

Cambia el clima.

Y, con cada cambio, también cambian las soluciones.

Nuevas herramientas.

Nuevas formas de conseguir alimento.

Nuevas maneras de adaptarse.

La diversidad comienza a crecer.

No porque las personas sean distintas en lo esencial.

Sino porque cada ambiente propone problemas diferentes, y cada comunidad aprende a resolverlos con los recursos que tiene a su alcance.

La nave reduce lentamente la velocidad.

Nos detenemos una vez más.

Un grupo atraviesa una llanura.

Otro avanza por el borde de un bosque.

Mucho más lejos, otros exploran regiones completamente desconocidas.

Ninguno sabe que está ampliando los límites del mundo humano.

Nadie deja un registro de ese viaje.

Nadie imagina que, casi dos millones de años después, encontraremos sus huellas enterradas bajo capas de sedimentos y reconstruiremos, paso a paso, aquella extraordinaria expansión.

La nave vuelve a elevarse.

Desde aquí comprendemos que la historia humana nunca fue la historia de un único lugar.

Desde muy temprano fue la historia de una especie capaz de explorar.

De aprender.

De adaptarse.

Y de seguir caminando.

Pero el viaje todavía guarda una sorpresa.

Porque su mayor legado no sería el camino recorrido. Sería aquello que aprendería a llevar consigo.

El dominio del fuego

La nave vuelve a elevarse unos cientos de metros.

Necesitamos recuperar una mirada más amplia.

Y esta vez retrocedemos un poco.

Antes de continuar el viaje de Homo erectus, necesitamos observar una transformación que había comenzado mucho antes.

Los primeros representantes del género *Homo* ya fabricaban herramientas de piedra.

A simple vista parecen objetos muy modestos.

Un canto tallado.

Una lasca afilada.

Un borde cortante.

Sin embargo, esas piedras representan algo mucho más importante que la propia herramienta.

Representan una nueva manera de relacionarse con el entorno.

La naturaleza deja de ser solamente aquello que se encuentra.

Comienza también a ser transformada.

La nave desciende lentamente.

Nos detenemos junto a un pequeño grupo.

No observamos héroes.

No asistimos a un descubrimiento espectacular.

Solo vemos a alguien que golpea una piedra contra otra.

Una vez.

Otra vez.

Muchas veces.

No todas las fracturas sirven.

La mayoría fracasa.

Pero, de tanto repetir, aparece un filo.

Ese conocimiento no queda encerrado en quien lo descubrió.

Otros observan.

Imitan.

Corrigen.

Aprenden.

La técnica comienza a transmitirse de una generación a la siguiente.

Cada nueva generación recibe un punto de partida ligeramente más avanzado que la anterior.

Ese proceso, aparentemente sencillo, cambiará para siempre la historia de nuestra especie.

La nave vuelve a elevarse.

El tiempo continúa desplegándose bajo nosotros.

En algún momento de ese larguísimo recorrido ocurre otra transformación decisiva.

El fuego deja de ser únicamente un fenómeno de la naturaleza.

Comienza a ser conservado.

Protegido.

Transportado.

Muchísimo tiempo después aprenderemos también a producirlo.

Pero antes de eso bastó un cambio extraordinario: mantener viva una llama.

La nave permanece inmóvil.

Abajo, al caer la tarde, un pequeño resplandor rompe la oscuridad.

A su alrededor se reúne una comunidad.



El fuego ofrece calor durante las noches frías.

Mantiene alejados a muchos animales que, hasta entonces, representaban una amenaza constante.

Las crías pueden permanecer más protegidas.

Los adultos disponen de un lugar relativamente seguro donde descansar, alimentarse y cuidar a los miembros más vulnerables del grupo.

Pero el fuego transforma mucho más que la noche.

También transforma los alimentos.

La cocción ablanda raíces, tubérculos y otros vegetales.

Permite aprovechar mejor la carne.

Reduce el esfuerzo necesario para masticar y digerir muchos alimentos.

Cada comida aporta más energía con un menor costo para el organismo.

Ese cambio, repetido día tras día durante cientos de miles de años, comienza también a transformar el cuerpo humano.

Todavía hoy los investigadores estudian hasta qué punto una alimentación cocida favoreció el desarrollo de nuestro cerebro y modificó la evolución de nuestra especie.

Lo que sí sabemos es que el dominio del fuego cambió para siempre nuestra relación con el entorno.

No solo hizo más seguro el campamento.

También cambió la forma de alimentarnos, de reunirnos y, poco a poco, de vivir.

Resulta imposible saber cómo se comunicaban.

Seguramente utilizaban gestos, expresiones del rostro y una amplia variedad de sonidos.

Es posible que algunas especies humanas ya dispusieran de formas de comunicación muy complejas.

Pero todavía desconocemos cuándo apareció un lenguaje semejante al nuestro.

Lo que sí sabemos es que, alrededor del fuego, la experiencia comenzó a compartirse de maneras cada vez más ricas y complejas.

La observación.

La imitación.

La cooperación.

El cuidado de las crías.

La transmisión de habilidades.

Todo ello encontró, alrededor de ese círculo de luz, un nuevo espacio para desarrollarse.

La nave permanece inmóvil.

No escuchamos sus voces.

El tiempo no las ha conservado.

Pero sí ha conservado las huellas de sus acciones.

Las piedras talladas.

Los restos de antiguos hogares.

Los huesos transformados por el calor.

Las cenizas.

Esos vestigios nos permiten reconstruir, poco a poco, una de las revoluciones más profundas de toda la historia humana.

Desde la altura de nuestra nave comprendemos que la historia no avanza únicamente gracias a los grandes acontecimientos.

También avanza porque algunas innovaciones transforman la vida cotidiana.

Una herramienta modifica el trabajo.

El dominio del fuego transforma las noches.

Transforma la alimentación.

Hace más seguro el cuidado de las crías.

Fortalece la cooperación.

Cada innovación cambia la manera en que los grupos humanos viven, aprenden y transmiten su experiencia.

Todavía falta mucho para que existan aldeas permanentes.

Muchísimo más para que aparezcan las primeras ciudades.

Pero algo ya está cambiando profundamente.

La cultura comienza a adquirir un papel cada vez más importante en la adaptación humana.

Un planeta con varias humanidades

La nave vuelve a elevarse.

Necesitamos recuperar una mirada amplia.

Desde cerca podemos observar una escena.

Desde muy arriba comenzamos a comprender una época.

El tiempo sigue avanzando.

Han transcurrido cientos de miles de años desde que los primeros grupos de *Homo erectus* comenzaron a abandonar África.

La evolución nunca se detiene.

Cada población continúa adaptándose a los ambientes donde vive.

Con el paso del tiempo aparecen nuevas especies humanas.

Algunas desaparecerán.

Otras darán origen a nuevos linajes.

Durante mucho tiempo los científicos imaginaron esta historia como una sucesión ordenada.

Una especie reemplazaba a la anterior.

Luego aparecía otra.

Y así, paso a paso, hasta llegar a nosotros.

Hoy sabemos que la realidad fue mucho más compleja.

La nave permanece inmóvil.

Debajo de nosotros no vemos una única humanidad.

Vemos varias.

En distintos lugares del planeta viven diferentes especies humanas al mismo tiempo.



En Europa y parte de Asia occidental prosperan los neandertales.

Han aprendido a sobrevivir en climas extremadamente fríos.

Fabrican herramientas sofisticadas.

Cuidan a los miembros de su comunidad.

Entierran a sus muertos.

Mucho más hacia el este, en distintas regiones de Asia, viven los denisovanos.

Durante siglos ni siquiera supimos que habían existido.

Su historia comenzó a revelarse hace apenas unas décadas gracias a un pequeño fragmento de hueso encontrado en una cueva de Siberia y al extraordinario desarrollo de la genética.

En algunas islas del sudeste asiático habitan otras especies humanas, adaptadas a ambientes muy diferentes.

Cada nuevo descubrimiento amplía nuestro árbol familiar y nos recuerda que todavía queda mucho por aprender.

Mientras tanto, en África, otra historia comienza a desplegarse.

Hace aproximadamente trescientos mil años aparecen los primeros **Homo sapiens**.

No llegan a un planeta vacío.

No son los únicos seres humanos.

Comparten la Tierra con otras humanidades.

La nave desciende lentamente.

Nos detenemos a observar.

No podemos ver diferencias a simple vista.

Todos caminan.

Todos fabrican herramientas.

Todos cuidan a sus hijos.

Todos buscan alimento.

Todos enfrentan los desafíos de un mundo cambiante.

Las diferencias existen.

Pero también existen profundas semejanzas.

Durante miles de años estos grupos humanos se encontrarán.

En algunos lugares convivirán.

En otros competirán por los mismos recursos.

Algunos seguirán caminos diferentes.

Otros tendrán descendencia en común.

Hoy sabemos que muchas personas conservan en su ADN pequeñas huellas de aquellos antiguos encuentros.

La historia de nuestra especie también es la historia de esos vínculos.

La nave vuelve a elevarse.

Desde aquí comprendemos que la palabra **humanidad** tiene un significado más amplio del que imaginábamos.

Durante una parte de la historia del planeta no existió una sola humanidad.

Existieron varias.

Cada una encontró soluciones diferentes para vivir.

Cada una dejó su propia huella.

Cada una forma parte de la historia que estamos recorriendo.

Con el paso de los milenios, todas esas especies desaparecerán.

Solo una permanecerá.

No porque estuviera destinada a hacerlo.

Ni porque fuera el objetivo final de la evolución.

Simplemente, fue la única que llegó hasta el presente.

Esa especie somos nosotros.

Pero nuestra historia apenas está comenzando.

La nave vuelve a orientar su rumbo.

Muy pronto presenciaremos otro acontecimiento extraordinario.

Un pequeño grupo de **Homo sapiens** comenzará un viaje que, generación tras generación, terminará llevando a nuestra especie hasta los últimos rincones del planeta.

La gran expansión

La nave vuelve a elevarse.

Necesitamos recuperar una vez más la perspectiva.

Desde muy cerca del suelo es posible comprender una escena.

Desde la altura, en cambio, comenzamos a descubrir un proceso.

El tiempo continúa avanzando.

Los miles de años transcurren bajo nosotros como si fueran estaciones.

Los grupos humanos ya no permanecen siempre en los mismos lugares.

Poco a poco comienzan a desplazarse.

Al principio recorren distancias relativamente pequeñas.

Siguen el movimiento de los animales.

Buscan agua.

Persiguen los cambios de las estaciones.

Exploran nuevos territorios.

La movilidad forma parte de su manera de vivir.

No existen hogares permanentes.

El mundo entero es su territorio.



La nave permanece inmóvil.

Debajo de nosotros vemos una escena que se repetirá incontables veces durante cientos de miles de años.

Un grupo se pone en marcha.

No lleva casi nada.

Las herramientas caben en las manos.

Los niños caminan junto a los adultos o son transportados por ellos.

Cada desplazamiento es también una oportunidad para aprender.

Los mayores conocen el paisaje.

Reconocen los árboles.

Saben dónde encontrar agua.

Recuerdan los lugares seguros y aquellos que conviene evitar.

Ese conocimiento no está escrito en ninguna parte.

Viaja con las personas.

Cada generación lo recibe de la anterior.

Y lo enriquece con su propia experiencia.

La nave vuelve a elevarse.

Desde aquí ya no seguimos a un solo grupo.

Seguimos a muchos.

Durante miles de generaciones, distintos grupos humanos comienzan a expandirse lentamente por África.

No existe un plan.

No hay una gran migración organizada.

Solo innumerables desplazamientos, casi imperceptibles, que terminan transformando el mapa de la humanidad.

Muchísimo tiempo después, algunos de esos grupos comienzan a abandonar el continente africano.

No ocurre una sola vez.

Ni por un único camino.

La evidencia científica indica que fueron varias salidas, en distintos momentos, siguiendo rutas diferentes.

Algunas poblaciones avanzan hacia el Cercano Oriente.

Otras continúan hacia Asia.

Con el paso de los milenios, algunos grupos alcanzarán Europa.

Muchísimo después, otros llegarán a Oceanía y, finalmente, al continente americano.

La nave permanece suspendida a gran altura.

Ahora el tiempo vuelve a hacerse panorámico.

No observamos viajeros.

Observamos una especie que, lentamente, comienza a ocupar casi todos los ambientes del planeta.

Selvas.

Sabanas.

Montañas.

Costas.

Desiertos.

Regiones de frío extremo.

Cada nuevo paisaje plantea desafíos diferentes.

Y cada desafío encuentra respuestas distintas.

La historia humana empieza a diversificarse.

No porque las personas dejen de parecerse entre sí.

Sino porque cada comunidad comienza a construir soluciones adaptadas al lugar donde vive.

Nacen nuevas herramientas.

Cambian las formas de obtener alimento.

Se modifican los refugios.

Aparecen costumbres diferentes.

La diversidad cultural comienza a expandirse junto con la diversidad de paisajes.

La nave reduce lentamente la velocidad.

Todavía no veremos ciudades.

Ni templos.

Ni campos cultivados.

Todavía estamos contemplando una humanidad nómada.

Una humanidad que aprende caminando.

Que conoce el mundo recorriéndolo.

Y que, sin saberlo, está preparando el escenario para una de las transformaciones más profundas de toda su historia.

La decisión de quedarse.

Cuando dejamos de caminar

La nave vuelve a elevarse.

Durante cientos de miles de años hemos acompañado a grupos humanos que nunca permanecían demasiado tiempo en un mismo lugar.

Su hogar era el camino.

Seguían el ritmo de las estaciones.

Buscaban agua cuando escaseaba.

Perseguían las migraciones de los animales.

Recolectaban frutos allí donde la naturaleza los ofrecía.

Moverse era parte de la vida.

Y parecía que siempre lo sería.

Pero el planeta también cambia.

La última gran glaciación comienza lentamente a quedar atrás.

El clima se vuelve, en muchas regiones, más templado y más estable.

Los grandes hielos retroceden.

Los bosques avanzan sobre antiguos territorios abiertos.

Los ríos modifican su curso.

Nuevos paisajes aparecen ante los ojos de quienes los recorren.

La nave permanece suspendida.

Desde esta altura no observamos un único lugar.

Vemos transformaciones que ocurren, casi al mismo tiempo, en distintas regiones del planeta.

Los seres humanos continúan caminando.

Pero algunos comienzan a regresar una y otra vez a los mismos sitios.

Hay lugares donde el agua nunca falta.

Donde ciertas plantas crecen con abundancia.

Donde la pesca resulta generosa.

Donde la caza es frecuente.

Permanecer un poco más empieza a tener sentido.

La nave desciende lentamente.

Nos detenemos junto a un pequeño campamento.

No es una aldea.

Todavía no.

Sus habitantes siguen siendo nómadas.

Pero algo ha cambiado.

Las viviendas permanecen durante más tiempo.

Las personas conocen profundamente ese paisaje.

Recuerdan cuándo maduran los frutos.

Dónde aparecen los peces.

En qué época regresan determinados animales.

El territorio deja de ser solamente un lugar de paso.

Empieza a convertirse en un lugar conocido.

En un lugar al que vale la pena volver.



La nave continúa observando.

Nadie ha decidido fundar un pueblo.

Nadie imagina que está iniciando una revolución.

Simplemente responden, como lo hicieron siempre, a las posibilidades que les ofrece el ambiente.

Algunas mujeres y algunos hombres descubren algo que cambiará el futuro.

Las semillas que caen al suelo vuelven a crecer.

Las plantas siguen ciertos ciclos.

Algunos animales regresan cada año a los mismos lugares.

La naturaleza comienza a ser observada con una atención diferente.

No solo para aprovecharla.

También para comprender sus ritmos.

La nave vuelve a elevarse.

Desde aquí el tiempo vuelve a hacerse panorámico.

Aquellos pequeños cambios cotidianos empiezan a acumularse.

Permanecer unas semanas.

Después unos meses.

Volver al mismo lugar una y otra vez.

Construir refugios un poco más resistentes.

Guardar alimentos para el futuro.

Cuidar aquello que antes simplemente se recolectaba.

Nada de esto ocurre de manera repentina.

No existe un día en que la humanidad deje de ser nómada.

Como tantas otras veces en este viaje, el cambio es gradual.

Casi imperceptible para quienes lo están viviendo.

Pero nosotros, desde la altura de nuestra nave, ya podemos reconocerlo.

Estamos contemplando uno de los mayores puntos de inflexión de toda la historia humana.

Por primera vez, algunos grupos comienzan a construir una relación diferente con el tiempo.

Ya no piensan solamente en el alimento de hoy.

Empiezan, poco a poco, a preparar el de mañana.

Y, sin saberlo, están dando el primer paso hacia un mundo completamente nuevo.

Muy pronto veremos aparecer las primeras aldeas.

Y con ellas comenzará otra forma de vivir, de trabajar, de relacionarse y de imaginar el futuro.

Las primeras aldeas

La nave permanece suspendida a media altura.

Ya no contemplamos continentes enteros.

Tampoco observamos una única familia alrededor del fuego.

Necesitamos una nueva distancia.

La suficiente para comprender cómo los pequeños cambios de muchas generaciones terminan transformando la vida de comunidades enteras.

El tiempo continúa avanzando.

Durante miles de años, distintos grupos humanos comienzan a experimentar una relación completamente nueva con la naturaleza.

Algunas plantas dejan de ser solamente recolectadas.

Empiezan a ser cuidadas.

Algunos animales dejan de ser únicamente cazados.

Comienzan a ser criados.

No ocurre en un único lugar.

Ni al mismo tiempo.

En distintas regiones del planeta, comunidades que nunca tuvieron contacto entre sí descubren caminos semejantes.

Cada una trabaja con las especies que encuentra en su propio ambiente.

Cada una aprende observando.

Probando.

Equivocándose.

Volviendo a intentar.

La nave desciende lentamente.

Nos detenemos junto a un pequeño asentamiento.

Todavía no es una ciudad.

No hay murallas.

No hay templos monumentales.

No hay palacios.

Solo un conjunto de viviendas construidas unas junto a otras.

Algunas familias ya no abandonan ese lugar cuando cambia la estación.

Permanecen.

Reparan sus refugios.

Amplían los espacios comunes.

Guardan herramientas.

Conservan semillas.

Protegen los alimentos obtenidos durante la cosecha.

La vida comienza a organizarse de otra manera.

Por primera vez, el futuro ocupa un lugar visible en las decisiones del presente.

Sembrar significa esperar.

Construir significa permanecer.

Guardar alimentos significa pensar en el invierno, en la próxima estación o incluso en el año siguiente.

La relación con el tiempo cambia profundamente.

La nave permanece inmóvil.

Observamos a niñas y niños que crecen sin recorrer grandes distancias.

Aprenden los caminos de un mismo paisaje.

Reconocen los ciclos de las plantas.

Participan en tareas que sus padres y abuelos repiten cada año.

El conocimiento sigue transmitiéndose de una generación a otra.

Pero ahora también permanece ligado a un lugar.

El territorio deja de ser solamente un espacio recorrido.

Empieza a convertirse en un hogar.



La vida cotidiana cambia.

Aparecen nuevas tareas.

Nuevas herramientas.

Nuevas formas de cooperación.

También nuevos desafíos.

Compartir un mismo espacio durante largos períodos obliga a establecer acuerdos diferentes.

Resolver conflictos.

Distribuir tareas.

Organizar el trabajo.

Cuidar aquello que pertenece a toda la comunidad.

La convivencia se vuelve más compleja.

Y, al mismo tiempo, abre posibilidades que antes no existían.

La nave vuelve a elevarse.

Desde aquí el tiempo recupera su dimensión panorámica.

Observamos cientos de pequeñas aldeas dispersas por distintos territorios.

Parecen insignificantes.

Sin embargo, cada una representa una innovación extraordinaria.

Durante cientos de miles de años la humanidad aprendió a sobrevivir desplazándose.

Ahora comienza a aprender otra cosa.

A construir lugares donde permanecer.

Todavía falta mucho para que aparezcan las ciudades.

Muchísimo más para que existan los primeros Estados.

Todavía no encontramos reyes.

Ni escribas.

Ni ejércitos.

Ni leyes escritas.

Pero los cimientos de ese nuevo mundo ya están aquí.

La nave permanece inmóvil por última vez.

Miramos en silencio esas pequeñas aldeas.

Es difícil imaginar que, miles de años después, de comunidades como estas surgirán los primeros sistemas de irrigación, las grandes construcciones, el comercio organizado, la escritura y las primeras civilizaciones.

Sin embargo, toda gran historia comienza de una manera sencilla.

Con personas que observan.

Que aprenden.

Que cooperan.

Que imaginan soluciones nuevas para los problemas de siempre.

Nuestro primer viaje termina aquí.

Hemos recorrido millones de años en apenas unas páginas.

Aprendimos que la historia de la humanidad comenzó mucho antes de la escritura.

Muchísimo antes de las ciudades.

Muchísimo antes de los imperios.

Comenzó con pequeños grupos que aprendieron a caminar, a compartir, a transformar la naturaleza y, finalmente, a construir un lugar al que llamar hogar.

La nave inicia lentamente un nuevo ascenso.

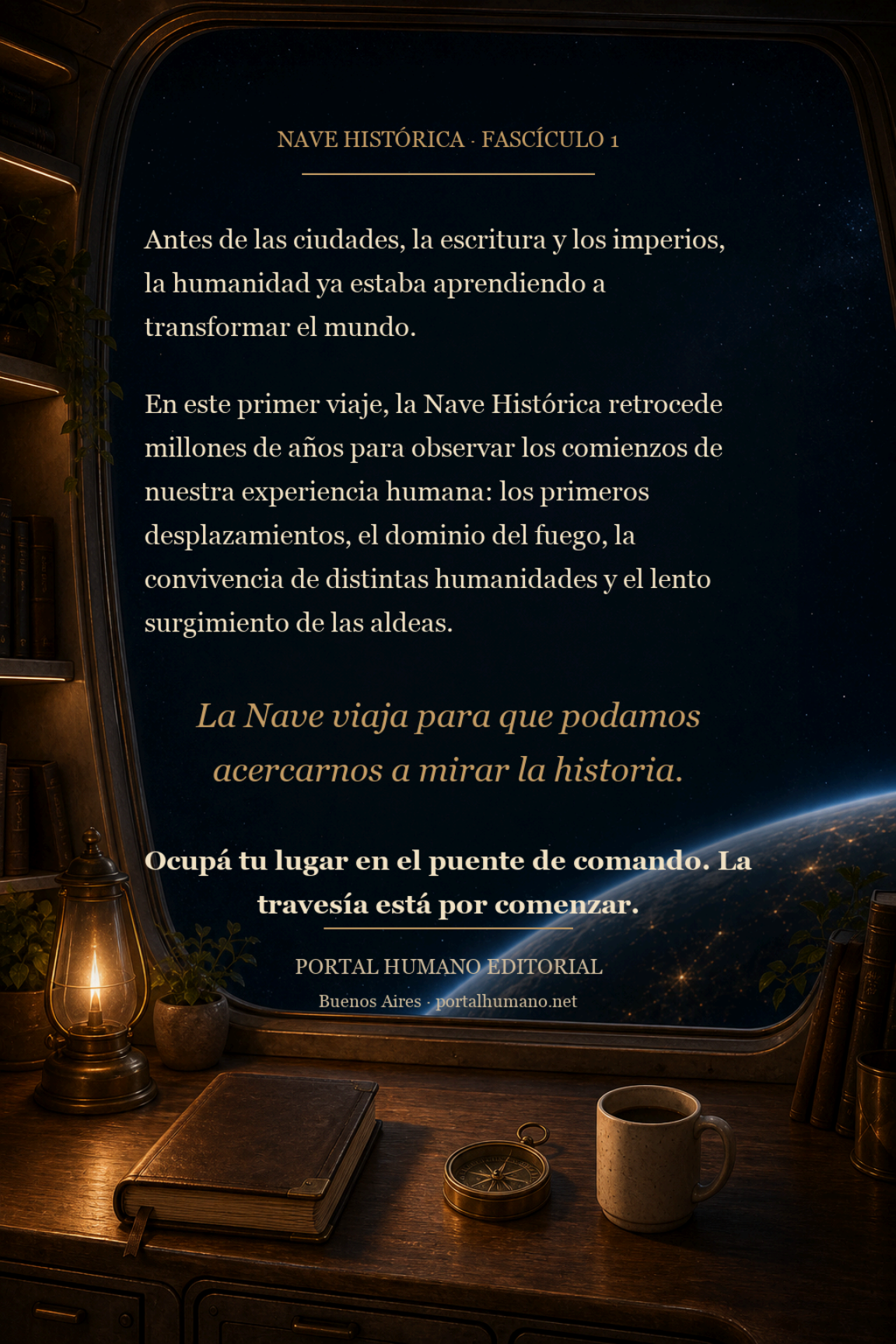
Dejamos atrás las primeras aldeas.



Nuestro próximo destino ya aparece en el horizonte.

Entre dos grandes ríos, en una región que más tarde llamaremos Mesopotamia, algunas comunidades están a punto de dar un paso que cambiará para siempre la historia humana.

Allí comenzará el siguiente fascículo.



NAVE HISTÓRICA · FASCÍCULO 1

Antes de las ciudades, la escritura y los imperios, la humanidad ya estaba aprendiendo a transformar el mundo.

En este primer viaje, la Nave Histórica retrocede millones de años para observar los comienzos de nuestra experiencia humana: los primeros desplazamientos, el dominio del fuego, la convivencia de distintas humanidades y el lento surgimiento de las aldeas.

La Nave viaja para que podamos acercarnos a mirar la historia.

Ocupá tu lugar en el puente de comando. La travesía está por comenzar.

PORTAL HUMANO EDITORIAL
Buenos Aires · portalhumano.net